



# El honor del periodista

*El periodista debe saber deshacerse de los demonios que acechan su oficio*

**Jean Daniel**

Desde la invención de la imprenta (1450) y el correo (finales del siglo XV), el periodismo se ha alimentado de la curiosidad por saber, el deseo de comprender y la capacidad de transmitir.

Estas tres exigencias han sido siempre las mismas, pero, como todos los ideales, a menudo se ha renegado de ellas, hasta el punto de que un gran novelista francés, Honoré de Balzac, el famoso autor de *Las ilusiones perdidas*, escribió que “si la prensa no existiera, sería necesario no inventarla bajo ningún concepto”.

Esto quiere decir que podemos enterarnos del hecho más horrible, comprender lo inaceptable y transmitir algo que apela a los peores instintos.

En Francia e Italia hubo un siglo, el XVIII, en el que las “gacetas” constituían el vehículo

de todas las calumnias. Por eso Beaumarchais, en *Las bodas de Fígaro*, inventó, con la ayuda del compositor Verdi, “El gran aire de la calumnia”.

Los estadounidenses, que se convirtieron poco a poco en la patria del periodismo aunque no lo hubieran inventado ellos, fueron los primeros que elaboraron una legislación para reprimir los atentados a la dignidad y el honor de los lectores. Ya sabemos que los creadores del capitalismo lo fueron también del puritanismo. Hoy debemos adaptarnos a las nuevas tecnologías, que pueden servir para lo mejor y para lo peor. Lo mejor es poder vivir todos los acontecimientos del mundo al mismo tiempo que pasan. Todos los periodistas del planeta pueden vivir la historia, no gracias a los poderosos

que la hacen ni a los pueblos que la sufren, sino porque tienen el privilegio de enterarse de todo en el mismo instante y en todas partes. Lo peor es que se desemboque en la delación, porque Internet ha multiplicado la capacidad de hacer daño de la prensa: se puede crear o destruir una reputación en un segundo y causar la desgracia a inocentes. Se puede también, cosa más grave y posible gracias a Internet, los *blogs*, Twitter y Facebook, tener la tentación de hablar de lo que no se conoce. En otras palabras, estamos bajo las amenazas constantes de la delación y la impostura. El camino, pues, está claro. El honor del periodista de nuestros tiempos está en que sepa deshacerse de los demonios que acechan su oficio.

Traducción de Marisa Rodríguez Tapia.